

Ágatha Ruiz de la Prada

Mi historia

*Con la colaboración de
Pedro Narváez*

la esfera  de los libros

Tengo el útero en forma de corazón. Lo supe mucho después de que se convirtiera en el estandarte de mi marca. La idea del corazón, como el color, rondaba mi cabeza antes de que descubriera que también lo tenía dentro en un lugar insospechado. La placenta se incrusta en el útero, parece que quisiera quedarse a vivir para siempre, y luego explota. Mis dos partos fueron difíciles a causa del útero. Vivíamos entonces en una casa de Fuente del Berro, monísima, la más de Madrid, como salida del cuento de *Los tres cerditos*. El suelo era de madera y las paredes, blancas. El cuarto de baño estaba empapelado también en blanco, con un leve espigado que estaba de moda en los últimos ochenta. A la una de la mañana, más o menos, me levanto y voy al cuarto de baño y allí, ¡fluag!, suelto litros de sangre que chorrean por la pared antes immaculada. La imagen es demasiado potente como para olvidarla. Y era tan real y a la vez tan dolorosa como una *performance* de Marina Abramovic. Mi hija Cósima, recién nacida, dormía. Una señora

cuidaba de ella. Otra muchacha, Mari Carmen, estaba en el piso de abajo y se fue a la calle descalza y gritando a pedir un taxi. Yo estaba muerta de miedo. Creo que me acompañaba el innombrable (es Pedro J. Ramírez y su nombre no volverá a aparecer en este libro)..., sí, más tarde se puso a escribir un artículo toda la noche, de vez en cuando hacía como que se preocupaba.

Años después volvía de París en coche. Ya había sorteado el escándalo del vídeo de Exuperanza Rapú que vio, o imaginó, todo el mundo. Quedaban solo las brasas del incendio, pero quemaba aún en la memoria. Defendí con ímpetu al innombrable, sobre todo en una entrevista fundamental en la Cope que me hizo Antonio Herrero. Media España se puso en mi piel y se figuró lo que yo debería pensar, aunque no lo sabían. Yo misma no lo supe. Fue difícil enfrentarse a aquel estrépito, pero no me tembló la voz ni me apretaron los zapatos. Salvé la vida civil al protagonista. Como compensación él me dijo que le pidiera lo que quisiese y una de mis elecciones fue una casa en París. De allí venía, entre el Louvre y el Pompidou, cuando caí en que no me había llegado la regla. Fui a una farmacia a por un test de embarazo y el resultado fue positivo. Creo que fue entonces cuando supe de verdad que la relación entre el innombrable y yo se había quedado en apariencia, que nunca estuve enamorada.

Llamé a mi mejor amiga y ginecóloga Isabel Alonso. Me dijo que ya no tenía que ir casi escondida, como de

jovencita, a Londres a abortar y que lo mejor era que me tomara una pastilla y ya vería cómo todo se solucionaba. Así fue. Decidí no seguir adelante con aquel embarazo. ¿Para qué? Aborté. No recuerdo si se lo dije al innombrable. En cualquier caso, nunca traté el asunto en público. Hasta hoy. Ahí comenzó otra parte de mi vida. A veces hay que tomar distancia para darse cuenta. Despertó mi vida de mujer acostumbrada a reinventarse. Lo reseñable no es que abortara, soy una defensora del derecho al aborto. Feminista de verdad, no de boquilla. Lo crucial fue que pudiendo seguir con el embarazo no lo hice. Puede que lo aguantara mi útero, pero no mi corazón, que al cabo resultaron ser lo mismo.

Ahora pienso que no me abandonó aunque me dejara, como a tantas otras los señores abandonan todos los días. Fui yo la que de alguna manera le dejé mientras, pobre, él intentaba musitar alguna palabra de hombre civilizado al tiempo que se volvía dejando su calva de sacristán a la vista.

Esta es la historia al revés de como fue contada y de cómo yo gané todo lo que él perdió, que fui y soy Ágatha Ruiz de la Prada, diseñadora de éxito, aristócrata y musa de la Movida antes y después de conocerle. Ahora marquesa de Castellidosríos, baronesa de Santa Pau y grande de España. Y con un útero diseñado por mí sin yo saberlo. ¿Se puede pedir más? Sí, siempre se puede. Mi lado excéntrico anhela lo imposible y mi pedigrí me centra en la tierra, como a Escarlata O'Hara; he hecho vestidos con menos recursos que su cortina de terciopelo verde Edimburgo. La

mayoría de las niñas de papá, de las niñas bien que escribía Umbral, no me llegan a los tacones. El viaje de París, aunque era de vuelta, resultó ser solo de ida. Cuando llegué a Madrid ya no sentía ningún peso. Había salvado al innumerable del ostracismo social, ahora tocaba salvarme a mí misma de vivir a la sombra por ser mujer y haber pasado de los cuarenta. Tuve que contar aún algunos años para que así fuera. Ahora soy cualquier cosa menos una señora invisible.

Vayamos a otro parto. De la sangre al agua. Podría rodarlo Almodóvar. Yo nazco, tú naces, él nace. El de mi madre, Isabel de Sentmenat, el apellido mágico. Nací el 22 de julio en Madrid; soy Cáncer, un cangrejo que anda hacia adelante, aunque a veces parece que doy la espalda. Mi padre se llamaba Juan Manuel Ruiz de la Prada, arquitecto. Soy la mayor de cinco hermanos. A mi madre, en su diletante pesimismo, le pareció que julio era un mal mes para tener un bebé. Los médicos estaban de vacaciones y todo se volvía una vulgar complicación. Creo que si hiciera un esfuerzo me acordaría de ese momento, del nacimiento, incluso de una galaxia anterior, como si tuviera antenas espaciales. Ella no trabajó nunca, venía de una familia en la que nadie lo hacía desde muchas generaciones atrás. Mis abuelos consideraban que trabajar era una horterada. Mi padre, sin embargo, se esforzaba muchísimo. Era un obseso de las casas, yo he heredado esa pasión. Me interesan más

las casas que los amantes. Acabo de alquilar la mía de Milán. Pensé que nunca alquilaría nada, pero las circunstancias cambian: entre querer y poder pasan algunos verbos. Estuve cuatro días en aquella ciudad aplicando Baldosinín a los azulejos del cuarto de baño. Horas y horas hasta que acabé aquel ejercicio tan físico como filosófico: estaba en mi casa limpiándola para una persona que no conozco. Ahí podría empezar a entenderse cómo es mi amor por las casas. La preparé tan bien que nunca lo habría hecho así para mí misma. Dios me libre del pecado de la soberbia, pero Proust necesitaba muchas más magdalenas que yo para evocar el pasado. Lo tengo presente.

Nunca me verán deseando o luciendo una joya, pero sí una casa. Sigo teniendo la de París, alquilada la de Milán. Tuve una en el Soho de Nueva York, y la de Londres se la quedó el innumerable. Ahí vive Cósima, que es ahora la que más lee; estudia Literatura en esa ciudad. En el ático del paseo de la Castellana vivo desde el año 1998. Esta casa desde donde escribo ha regurgitado varias épocas. La de Mallorca reserva una historia secreta como para guardarla en una caja de música y la finca de Madrid, con los edificios en forma de cubo en mitad del campo, es mi paraíso y el de mis perros.

Me molesta mucho si hay una exposición relevante y no la veo. Y me fastidia si montan una fiesta importante y no me invitan o no me puedo colar. El dinero no tiene importancia, lo que sí la tiene es que se celebre una fiesta en Nueva York y no te inviten. Cósima tiene esa suerte,

se la ha trabajado, la invitan a Nueva York, París, Londres... La vida social es una parte muy importante de mi trabajo. En mi caso resulta enfermizo. Cuando me divorcié, me di cuenta de que lo más importante eran los planes. Es herencia familiar: si no tienes un plan, estás jodida.

MI *DOWNTON ABBEY* PARTICULAR

Mi infancia vivió aún el esplendor de una aristocracia que resultó no ser rancia como algunos puedan pensar. Quizá usted. Vista con los ojos de hoy tal vez podría resultar un poco decadente en su acepción sublime. Estoy orgullosa de llevar los títulos que ostento. Marquesa de Castellidosríos, baronesa de Santa Pau, grande de España. El primer marqués fue desde 1696 Manuel Oms de Santa Pau, vigésimo cuarto virrey de Perú, antes había sido gobernador de Tarragona y virrey de Mallorca, entre otros cargos. No se vive de eso, no me da de comer, pero supone un ancla en un mundo en permanente naufragio. Hay nobles que no saben ni de dónde vienen sus nombres. Igual lo dicen por esnobismo o, quién sabe, tal vez son ciertas sus afirmaciones paletas. Para ser noble no basta con nacer, también hay que hacerse. Los que no se esfuerzan no merecen sus distinciones. He leído mucho sobre mis ancestros. Se puede ser noble y moderno sin interrupción, que diría Baudelaire. Yo pertenezco a ese grupo, tan

real como raro. Tanto los que despiden su árbol genealógico con un simple comentario como los que presumen de sus apellidos me parecen idiotas.

Para que no nos perdamos entre las ramas del árbol: mi antepasado fue el marqués de Comillas, Antonio López (siglo XIX). Su hija, Luisa Isabel López y Bru, se casa con Eusebio Güell, primer conde de Güell. Ahí se juntan dos importantes fortunas. Su hija, Isabel Güell López, matrimonio con Carlos de Sentmenat, marqués de Castellós-rús, grande de España: mis bisabuelos. Por su lado, Águeda de Sanllehy y Girona se une a Juan de Urruela y Morales, V marqués de San Román de Ayala (nacido en Guatemala y primer portero del F.C. Barcelona). El gran título lo hereda Félix de Sentmenat y Güell, marqués de Castellós-rús, que se casa con María de los Remedios Urruela (Mery): mis abuelos. Mi madre, Isabel de Sentmenat y Urruela, se casa con mi padre, Juan Manuel Ruiz de la Prada y Sanchiz. Ahí aparezco yo.

La madre de mi abuelo materno, que era riquísima, entra en la familia que posee los títulos más elegantes de Cataluña. Se junta el dinero con la aristocracia. Cuando empieza la guerra civil mi abuela no tiene ningún hijo y al acabar se encuentra con cuatro. Lo pasó bien en la guerra, aunque puede que suene mal o no se entienda como es debido. Nuestra guerra, además de una tragedia, es una incógnita política y social sin resolver.

A los dieciocho años se dan cuenta de que mi tío Carlos no está bien de la cabeza, o su cerebro no da lo que se

espera al exprimirlo. Mi abuelo Félix se lleva un disgusto porque se trataba de su *hereu*. Era muy guapo, inteligente, simpático, adorable, pero tras una crisis lo llevan al médico, lo encierran y a mi abuelo no se le va la congoja en toda su vida. Carlos se pasaba el día en la cama y de cama en cama, en esas aventuras trataba con todo tipo de gente y de cualquier estrato social, lo que tal vez hoy se vería dentro de la norma, pero no entonces. Tremendo. No tuvo hijos. Mis padrinos fueron mi tío Carlos y mi abuela. Al no tener descendencia, el título pasó al siguiente varón, Santiago, uno de los gemelos que nacieron después de mi madre. Lo que nadie esperaba es que la historia diera un vuelco y atrajese el título a mis manos por una ley que nos puso a las mujeres donde nos correspondía en lo que fue casi el comienzo de una revolución cultural que aún hoy no nos pone de acuerdo. No quiero que me devuelvan los siglos en los que las mujeres eran hilos incapaces de ensartarse en una aguja. Lo único que pido es ser hilo o aguja según me plazca. Una persona, en definitiva.

Acabo de leer un libro sobre el marqués de Comillas en catalán. Más por interés que por esnobismo. Me ha resultado un poco machista porque no se detiene casi nada en las mujeres. Toda la vida me han contado que él era un niño pobre que se fue de polizón a América, a Cuba, donde empieza con una tienda y vuelve millonario, dueño de la Compañía Trasatlántica. Llegó a tener una flota de más

de cuarenta barcos. Al hijo lo quisieron hacer santo. Vivía en Sobrellano, en el palacio de los Comillas. Esa familia es la que manda construir el Palacio Real de Barcelona y se lo regala a los reyes. Monárquicos hasta la médula, tanto que, será casualidad, una pariente mía, Isabel Bertrand, se casa con Juan Ignacio Luca de Tena, hijo del fundador del *ABC*. En esa época los ricos tenían limosneros, que en el fondo es lo que hoy se llama director de la fundación, y un cura en casa. El marqués de Comillas tuvo de sacerdote y de limosnero a Mossèn Cinto Verdaguer, Jacinto Verdaguer, el mayor poeta de la Renaixença, en el palacio Moja de Barcelona. El escritor ingresó cuando tenía treinta años y había viajado en los buques del marqués de Comillas de Barcelona a Cuba. Intentaba mejorar su salud con los aires del mar. El marqués hace publicar, en edición bilingüe, *La Atlántida*, su más famoso poema. Decía: «¿Ves ese mar que abarca la tierra de polo a polo? Un tiempo fue jardín de Hespérides alegres; aun arroja el Teyde reliquias tuyas, rebramando de continuo, cual monstruo que vela un campo de matanza».

Antonio López y López, el primer marqués de Comillas, compró el palacio Moja, construido por el marqués de Moja y su mujer, María Luisa de Copons, en 1774. Antonio entra a vivir allí en 1875, casi un siglo después. Alfonso XII, al llegar a España durante la Restauración, durmió en el Salón Azul de la casa. Cuando entroncaron los López y los Güell se hizo señor de la casa el segundo conde de Güell. Un incendio casi lo devora en 1971. Era un palace-

te influido muy claramente por el neoclasicismo de aire francés, aunque los salones fuesen un poco repolludos, con grandes lámparas de cristal y el suelo de mármol brillante, como de una recepción de *Los Bridgerton*, aunque ninguno fuera negro.

Me crie entre dos mundos. El *ancien régime*, donde los señores se retiraban a fumar y mandaban las señoras porque tenían dinero y hacían sus planes, y el rompedor de la España de los ochenta. Soy un híbrido, en el sentido biológico y mitológico, que es lo mejor que se puede ser. Tengo tantos tatuajes imaginarios que harían falta muchos cuerpos para abarcarme entera. A eso hoy lo llaman empoderamiento, que suena fatal; en una *soirée* escucho empoderamiento y me pitan los oídos. Queridas, ¿de qué estáis hablando? El poder no se casa con el sexo, sino con él mismo. Repetidlo cada mañana ante el espejo.

Mi padre se dedicó a la arquitectura, como su abuelo, como su padre, Juan Manuel de la Prada y Muñoz de Bena, caballero de la Orden de Santiago. Los que llevan esta distinción tienen que probar la nobleza de sus cuatro primeros apellidos. De haber sido buena estudiante, igual yo también sería arquitecto.

Mi abuela paterna, Ana María Sanchiz, hija del marqués de Montemira, era muy rica. A pesar de esto, para la familia de mi madre, incluso para mí en algunos momentos, no se podía comparar la historia de CastellDOSRÍUS con

el de los Ruiz de la Prada. Existió siempre una tirantez y cierta incomodidad entre las dos familias por la diferencia de estatus. Para empezar, mi padre trabajaba, y eso, a mis abuelos maternos, que no lo habían hecho nunca como ya he dicho, les parecía lo peor. La casa de mis abuelos paternos, en Marqués de Riscal, 8, me resultaba horrible, paleta. No me gustaban los pasillos ni el olor. Mi madre no perdía ocasión para hacer de menos a la familia de mi padre. La casa de Barcelona, en Pedralbes, sin embargo, era como de cuento. Creo que pertenezco a la última generación que se crió en esos palacetes. Y eso en nada me parece decadente, sino chic. ¿Hay algo más moderno que pertenecer a un mundo antiguo y engendrar la vanguardia? Es algo así de natural y a la vez increíble, como ir descalza pero con la apariencia de llevar tacones.

LA GUARDERÍA DEL PODER

El decorado acaba impregnando con sus misterios a los personajes. Vivíamos en la casa más bonita de Madrid. Un edificio a la vanguardia de los años setenta diseñado por mi padre en Zurbano, 73, esquina a General San Jurjo, hoy José Abascal. Noveno piso. Desde mi casa actual, en la Castellana, puedo verla. El destino me llevó a que disfrutara de mi pasado desde el salón explosivo de mi casa actual, con un suelo a rayas fucsia y blanco por el que patino mentalmente. Los que odian la moderna arquitectura residencial en el centro de las ciudades considerarían ese edificio un invitado a la fuerza en el paisaje. Un pisazo de 1.500 metros cuadrados. Quinientos los ocupaba la casa, y el resto, la oficina de mi padre y un museo de arte contemporáneo. En la terraza, césped y una piscina. Pocos, o nadie, tenían acceso en Madrid a algo semejante. Vivía entre dos mundos, uno, requetevanguardista junto a mi padre en Madrid, con Tàpies, Chillida y Antonio López, y, por otra parte, llegaba a Barcelona y casi volvía a principios de siglo, al *Downton Abbey* catalán.

Antes de en Zurbano, vivimos en un piso del paseo de la Habana con una terraza muy grande. Todas las primas de mi madre, que eran más jóvenes que ella, venían a Madrid, me cuidaban y se lo pasaban bomba en la ciudad. Sabían dónde ir y ser agasajadas sin la presión de los conocidos catalanes.

En el noveno piso de Zurbano había dos puertas. Detrás de una estábamos nosotros y tras la otra, Antonio Garrigues Walker y su familia. Podría jurar que estuve en la casa más interesante de toda España. La mujer de Antonio, Fran, era el envés de mi madre, aunque fueron grandes amigas. Por allí pasaron Jacqueline Kennedy, Santiago Carrillo, el actor José Luis Gómez...; gente brillante mis vecinos. Y sucedían las cosas más insospechadas, como un juicio a José María Entrecanales, padre de José Manuel Entrecanales. Les encantaba ese teatro. Uno hacía de fiscal, otro de abogado defensor, otro de juez... Blanca Domecq, mujer de José Manuel, era muy amiga de mi madre. Además, un Soto Domecq se casó con un Arnús, pariente a su vez de mi rama barcelonesa, o sea, que las familias se unieron.

Compartíamos una piscina. Me gustaría que los lectores entendieran todos los significados que encierra una palabra tan común como inquietante: piscina. Desde una narra William Holden, muerto, su historia con Gloria Swanson en la película *El crepúsculo de los dioses*; Radio Futura dice que «en las piscinas privadas las chicas desnudan sus cuerpos al sol», y David Hockney las pinta como lugares naturalmente extraños. Tendremos más piscinas en unas páginas, ahora quedémonos aquí, el sol quema y los pe-

queños jugamos a hacernos el muerto. Entre ellos, Elena Garrigues, una de mis mejores amigas de siempre, superdotada total.

Cuando el innombrable llega de Logroño y conoce a los Garrigues, qué casualidad, queda arrobado. Pero yo llevaba veintidós años tratándolos. En los tiempos en que Carrillo tenía prohibido entrar en España, alguna vez cenó en aquella casa. Cuatro personas que vivían en ese edificio acabaron en la cárcel arrollados por casos como Matesa, un escándalo de corrupción que enfrentó a dos bandos del régimen en 1969. Abajo aguardaba siempre la Guardia Civil. Se convirtió de repente en una casa de sinvergüenzas.

Como he dicho, Fran Garrigues se hizo la mejor amiga de mi madre, una mujer que dedicaba tiempo a la amistad y la necesitaba mucho, eso también lo he heredado yo; soy muy dependiente de mis amigas. Desde mi punto de vista, nuestra casa era mucho más organizada. Teníamos tres muchachas y un chófer. Y había una hora de comida, a las dos y media, y también se desayunaba y se cenaba. En casa de los Garrigues, por lo que vi durante veinticinco años, no se comía ni se cenaba. En cambio, daban fiestas todos los días. Mi amiga Elena me invitó a desayunar, tendría yo dieciocho años, en un piso que le había alquilado su madre. Abrió la nevera y solamente había cocacolas: «Qué asco. Yo me tomo eso ahora y me hace un agujero en el estómago», le dije. Siempre he desayunado lo mismo: café con

leche y una tostada. Mi madre, además, encargaba un tentempié por la mañana y una merienda por la tarde. Había un orden, más que burgués, total. Y en casa de los Garrigues reinaba el desmadre absoluto. Antonio no comía, se iba a no sé dónde, Fran quería adelgazar, todos estaban a régimen, con lo cual no comían pero se ponían más gordos. En las fiestas, se tomaba el aperitivo en casa de Antonio y se cenaba en mi casa. Todo estaba organizado por Fran, que era una mujer superinteligente y supermotivada, y por mi madre, que lo único que quería era sentirse pegadita a Fran para tener un plan.

Antonio Garrigues no tenía televisión porque pensaba que era dañina, así que veía el fútbol en mi casa. Él vivía en el experimento y la contradicción. Recuerdo una vez que llegó José Luis Gómez, que había estado en el exilio mucho tiempo; tenía una fama impresionante en esa época. Vino a interpretar *El proceso*, de Kafka. Hacía de mono. Le tuve que ceder mi cuarto. Entré a recoger algo para ir al colegio al día siguiente y me lo encontré vestido de simio llorando... Y es que para «descomprimirse» al pasar de mono a persona o de persona a mono, lloraba muchísimo... Claro, yo llegaba con mi pijamita de los Rosales y me encontraba a un señor berreando...

Por allí pasaron las mujeres más guapas de España porque había también mucho jaleílllo femenino. Venía Massiel, en 1968, que era la bomba. Recuerdo subir con ella en el ascensor como si fuera de viaje al cielo. Nos hicimos muy amigas. La que se movía para que todo estuviera en su sitio era Fran.

No puedo decir que fuese guapa, pero sí muy inteligente y buena. A su marido le encantaban las señoras guapísimas. Una de sus hermanas se casó con el hombre más rico de Filipinas, un Zóbel, los que parieron Sotogrande.

Cuando yo llegaba al colegio, y aunque era mala estudiante, sentía que se abría un gran abismo intelectual entre lo que vivía en mi casa y lo que veía entre mis compañeros. Aquella casa estaba bendecida. Cuando Jacqueline Kennedy fue a la Feria de Sevilla con Grace Kelly —creo que todos tenemos su imagen en algún lugar de nuestros deseos—, la acompañó el embajador español y se rumoreó que tuvieron un *affaire*. *Si non è vero è ben trovato*, como dicen los italianos. Antonio Garrigues Díaz Cañabate, el padre de mi vecino, era nuestro representante en Washington. Un hombre superatractivo, brillante y viudo. Junto a otra viuda, la de América. Yo tenía once años. El hecho de estar cerca de Jacqueline en esa época ya era un milagro. Porque aquella mujer era lo más y, aunque yo aún era pequeña, ya conocía la atracción que provocaban las señoras de cierta clase, y eso que todavía no había leído a Truman Capote. *Plegarias atendidas*. El gran trabajo del despacho Garrigues fue traer a americanos a España en época de Franco. Ganaron mucho dinero, pero a él el dinero le importaba tres narices. Le interesaban la inteligencia y la brillantez.

Mi madre tenía unas amigas mucho más pijas, porque eran el tipo de personas con las que había crecido. Esa mezcla de lo tradicional con la intelectualidad de nuevo cuño y el glamur fue lo que hizo de aquel espacio un lugar único.

CRIADOS EN PALACIO

Estamos en Barcelona. El primer desfile lo hice en el palacete de mi abuela, año 1982. Mi tío Carlos fue novio de Chelo Sastre, que luego fue pareja durante muchos años de Toni Miró. Chelo preguntó, en su borrachera de modernidad, si habíamos avisado a la prensa. Entonces, mi abuela llamó a *La Vanguardia*. Preguntó por el conde de Godó y le dejó el recado a la secretaria: ha llamado la marquesa de Castellidosrús. Le dijo que su nieta presentaba un desfile al día siguiente y que, por favor, mandaran a un periodista y a un fotógrafo y que cuando llegaran le dijeran al criado que venían de *La Vanguardia*. No sabía dónde esconderme de la vergüenza.

Recuerdo el miedo que me daba dormir allí años atrás. La casa de mi abuela en Pedralbes medía unos cuatro mil metros. Había una capilla con los huesos de San Félix de Valois. Hay mucho contraste entre lo que fue mi vida en Barcelona, en aquel palacio de mis abuelos, y la de Madrid, tan llena de color, tan de Ágatha. Esa casa estuvo mucho

tiempo en mi WhatsApp. Mi abuelo era primo de José Luis Sert. Y era familia de José Antonio Coderch de Sentmenat, uno de los mejores arquitectos en la historia de España. Sin embargo, mi abuelo cogió un libro de grandes casas en Inglaterra —que, por cierto, he perdido y me da mucha rabia— y eligió una de esas mansiones fabulosas. Escogió a un arquitecto de Barcelona, Durán Reynals, y le dijo: «Quiero una casa como esta». Con una balastrada impresionante, con dos pisos más el terrado, con un jardín inmenso, una terraza con escaleras a cada lado. Decidió hacer una cosa más anticuada de lo que le correspondía, porque mi abuelo venía de una familia muy moderna; de una estirpe que había sido mecenas de Gaudí. Entonces, ¿cómo pasó de ser mecenas de Gaudí a encargar una casa tan clásica? Ahí vivieron un señor que pasó cincuenta años al servicio de mi abuelo, al que le habían otorgado su medallita, el chófer, y todos los demás. Igual ahí está parte de la respuesta. Mientras tanto, en Madrid, se colgaban cuadros de Tàpies.

Era feliz, con mis problemas, pero feliz. Nací, y seis años después, ya éramos cinco. Yo llegué primero, la mimada; luego nacieron Manolo, al año siguiente, Ana Sandra, después Félix y, finalmente, Isa. O sea, que en sentido estricto fui poco tiempo la reina de la casa. Lo seguí siendo en la de mis abuelos, en Barcelona. Pasaba allí las Navidades, la Semana Santa y los veranos.

Luego vino el tiempo en el que mis padres empezaron a separarse, yo tenía doce años. Cuando mi madre quería, nos íbamos a Barcelona a vivir, y luego de vuelta. Recuerdo los días en la finca de mi bisabuela, La Boscosa, donde se jugaba al polo. Cuando enviudó la convencieron para construir pisos. Pasó de tener la mejor casa de Barcelona a poseer un montón de pisos baratos. Me llevaban a la Costa Brava, a Puigcerdá, a La Ricarda, una finca de unos tíos míos de mil hectáreas cerca del Prat. La había ganado el padre del propietario en una partida de cartas. Un sitio espectacular, con tres kilómetros de playa... Me llevaban también a casa de Isabel Bertrán y Güell y Juan Ignacio Luca de Tena en Castelldefels. A Garraf. Todo eso pertenecía a los Güell, que eran muchos. Mi tío Juan Antonio Bertrán tenía una residencia espectacular y un guacamayo... E iba a la casa de Tona Sala, muy amiga de mi madre. A Tona la asesinaron. Aquella vida la pienso ahora y hoy cuesta creerla.

Veo un fundido en tono azafrán: llego a la casa de mis abuelos en Barcelona. Mi abuela había vuelto de la India. Traía dos maletas con regalos: una era para Ágatha y la otra para los otros catorce nietos. Entonces, rescataba el trono que a mis hermanos les hubiera gustado arrebatarme.

Mi abuelo fue un niño mimado. Tuvo tres institutrices, una francesa, una inglesa y otra alemana. Cenó toda su juventud con frac. Leía mucho y se ponía histérico porque mi abuela solo se posaba en tonterías: «Ay, mira, Félix, que un perro se ha ahogado». En fin... Mi abuelo compraba

un libro cada día. Aparte de *La Vanguardia*, siempre tenía a mano *Time*, *Life* y *¡Hola!*, y no había una obra de teatro o una exposición interesante que se perdiera. Tenía un palco en el Liceo. Fue presidente del Círculo Ecuéstre, de la Caja de Ahorros de Barcelona...

Don Juan Carlos se quedó seis meses a vivir en casa de mi abuelo, un hombre monárquico perteneciente a una de las familias que sostuvieron a don Juan en Estoril. Se turnaba con otros para ser el secretario del rey en el exilio. A doña María de las Mercedes, que era mucho más seria, mi abuela le debió parecer una frívola. El día que muere don Alfonsito, el hermano pequeño de don Juan Carlos, el Jueves Santo de 1956, de un disparo, se encontraba mi madre en Estoril con mis abuelos. Un momento tristemente histórico. Así como mi madre tenía tendencia a ser desgraciada, mi abuela la tenía a ser feliz. Volvía contando que había estado con el rey Humberto de Italia, con los Orleans, con todos los que pasaban por allí.

El mes que a mi abuelo le tocaba ser secretario del rey, iba a su casa a las nueve de la mañana, le llevaba los periódicos y despachaban juntos. A mí me parecía muy divertido. He leído varios libros sobre aquel exilio. Decían: «Me voy a Estoril de servicio», pero se lo pasaban de coña. Llegaba don Juan a comer y mi abuela comentaba: «Ay, fíjese, señor, que estaban de oferta los melones, me han costado baratísimos». Y don Juan lloraba de risa.

Don Juan decía: ha pasado esto y debe ser gordo porque se ha enterado hasta Castellidosrúis, que era como de-

cir que mi abuelo no se enteraba de nada. Iba a buscar a don Juan al aeropuerto en un Seiscientos. En ese sentido, no era nada pretencioso. Poseía muchas tierras y tenía numerosos empleados, y cuando un coche se quedaba viejo lo mandaba a una finca. Una vez uno de los trabajadores, que se llamaba Pacho, se pasó toda la noche conduciendo hasta Barcelona para que lo recibiera el señor marqués. «Pero ¿qué ha pasado, Pacho?», le preguntó. «Verá usted, no es por nada, es por envidia». Todo era porque mi abuelo le había cedido un coche mejor a Victorino, otro de los encargados.

Las hermanas de mi abuela tenían caballos, perros, monos, patos... , era una mezcla de capricho animal con las últimas actividades culturales. Y tenían también la torre Arnús en Badalona. Lo explico. Una de ellas se casó con un banquero apellidado así. Hizo construir un lugar mágico, tanto que parecería el ensueño de un niño o el capricho de un loco. Hoy pertenece al Ayuntamiento de la ciudad y se puede entrar en el parque, que es público. La casa tiene todas las ventanas tapiadas y unas pintadas que decoran su decadencia. Parece la metáfora de un tiempo encerrado en sus propios recuerdos. Había un gran lago, con un castillito donde Arnús tocaba el piano, un parque de atracciones privado y una gigantesca piscina. Creo que es la casa más bonita que he visto en mi vida. Luego, Badalona se convirtió en un barrio obrero, pero de allí antes salía un Rolls-Royce todas las mañanas que llevaba a los niños al colegio.

Seguí aprendiendo de la importancia de los planes. Mi abuelo materno era un poco apagado, pero mi abuela —dejen paso a la mujer del año— fue, como ya dije, muy simpática y alegre, la felicidad total. Daba una fiesta una vez a la semana. Era adicta al plan. Como mi madre. Como yo. Nunca choqué con ella, me divertía, le gustaba la moda, la idea de vender y hacer negocios. No trabajó nunca, pero estoy segura de que le hubiera encantado.

Cuando tenía siete u ocho años, el mes de septiembre lo pasaba en la finca de Guadalajara, San Rafael, en Zorita de los Canes, con mis abuelos. Por allí pasa el Tajo. El viejo puente medieval del pueblo, que sale de debajo del castillo, era el único del lugar por donde un ejército podía cruzar el río, no había otro hasta Alarilla. Los calatravos guardaron Zorita y la Orden de Santiago hizo lo propio con Alarilla. La finca se la quedó mi hermano Manolo con muy malas artes. Mi abuelo era dueño de una gran propiedad en la Diagonal de Barcelona. Había caballos, huertos, jardines. Cuando acabó la guerra, he apuntado antes, la vendió. Con aquel dinero mandó construir su casa y se compró tres fincas: una en Madrid, otra en Guadalajara y otra en Malpartit, Lérida, la más fea de todas, pero la única de la que obtenía beneficios porque se recogía mucha fruta. Si íbamos a Barcelona parábamos en Malpartit cuando se hacía el *tour du propriétaire*.

Hay vivencias que se quedan esculpidas para toda la vida. Mi abuela me leía todos los días, por ejemplo, un capítulo de *Heidi*, un libro que me encantaba. Veo la despen-

sa de Bienve, que era la señora que estaba ahí, e íbamos a coger moras. Y en Barcelona resuena en los pasillos de mi memoria: «¡Que viene la señorita Ágatha!». Pasteles, regalos. Siempre había fiestas y yo estaba ahí en medio.

A pocas personas he querido más que a las que formaban parte del servicio. Algunas han pasado cuarenta años conmigo. La que me dio el primer biberón estuvo en mi casa madrileña hasta antes de la pandemia. En El Robledal, en Brea del Tajo, teníamos tres muchachas y un chófer. Todos procedían de la primigenia finca, en la que vivían unas sesenta personas. Una era rubia, Pili; otra morena, Valeriana, y estaba Rosario, que fue la que me explicó cómo nacían los niños. Mi madre se llevó un verano a Pili a Mallorca, cuando tenía novio, y se pasó enfadada toda la temporada. Eran fanes de Raphael. Ahora, si veo o escucho al cantante, me emociono. En Barcelona pasaba mucho rato en la cocina. La cocinera dormía al lado.

Ese vivir en un mundo sin ojeras aparentes, ajeno al resurgir de la clase media, no resultaba, sin embargo, antiguo. Íbamos a las mejores obras de teatro, teníamos los últimos libros, visitábamos las exposiciones de vanguardia. Mis abuelos pasaban un mes en Londres. Para su época eran muy avanzados, nada fachas, ninguno era franquista ni tampoco catalanista, bueno, mi abuelo un poco, hablaba siempre en catalán con su secretaria. Y luego había gente de la familia, como Miguel Milá, de la rama de los Sert, que era mil veces más moderna que la familia de mi padre.

Traté mucho entonces a Jorge Moragas, que fue jefe de Gabinete de Mariano Rajoy. Cuando escribo estas líneas es embajador en Filipinas. En aquel ambiente se movían mujeres muy ricas que se hicieron *hippies*, *transhippies*, tenían amantes, bailaban *jazz*; entre ellas estaba la madre de Moragas. Jorge iba al mismo colegio que mis primos. Cuando salían pasaban la tarde jugando en el jardín, y daban las seis, las siete, empezaban los niños a cenar, a bañarse y acostarse, y a Moragas nadie lo venía a buscar. La madre llegaba a las diez de la noche, cuando ya estaban en la cama.